

# La magia de la lectura

Jaime Valverde Villarreal

Sr. Director, Sra. Inspectora, Sra. Presidenta del AMPA, profesores, alumnos, familiares y amigos.

Quiero iniciar mi intervención felicitando a los alumnos de la promoción 2008-2014 del instituto Padre Manjón que a partir de ahora inician una nueva etapa de su vida. Compartimos vuestra alegría y satisfacción por la tarea llevada a buen puerto, por las metas logradas y, por otro lado, os animamos a proseguir en el futuro con el mismo esfuerzo y la misma ilusión ante los nuevos retos y tareas que os esperan.

Agradezco a la Dirección del instituto la ocasión que me ha brindado de tomar la palabra para despedir a esta promoción en nombre de todos y deseo aprovechar este momento para hacer algunas reflexiones sobre un tema muy propio del mundo académico: la lectura. Supongo que a nadie le extrañara que se me haya ocurrido semejante asunto, no solo por su importancia intrínseca, sino también en mi condición de profesor de Lengua y Literatura.

Aunque mucho de lo que voy a decir sin duda se podría aplicar a toda clase de libros, en esta ocasión me limitaré a hacer referencia a la lectura de obras literarias y, más en concreto, de obras narrativas -novelas y cuentos- por parte de jóvenes como a los que hoy acompañamos en su despedida del instituto.

Actualmente, el sistema educativo promueve la lectura en la materia de Lengua castellana y Literatura y prescribe que también debe fomentarse la lectura de obras de todo tipo en el resto de las materias educativas; parece que para todo el mundo se ha vuelto evidente la importancia de extender este hábito entre los

jóvenes. Una muestra de ello es la preocupación creciente que suscitan las informaciones que aparecen periódicamente en los medios de comunicación sobre los bajos resultados en comprensión lectora por parte del alumnado español.

Por nuestra parte, pensamos que hay que evitar reacciones exageradas ante las informaciones del tipo que acabamos de mencionar y que, en el caso de los jóvenes, la lectura no debe concebirse como una obligación, aunque no por ello deba dejar de fomentarse. Como afirma agudamente el escritor argentino Jorge Luis Borges:

*El verbo leer, como el verbo amar y el verbo soñar, no soporta 'el modo imperativo'.*

Parecidas ideas expresa en términos más directos el gran novelista hispanoamericano, recientemente fallecido, Gabriel García Márquez cuando afirma lo siguiente:

*Sería ideal que un niño dedicara parte de su fin de semana a leer un libro hasta donde pueda y hasta donde le guste -que es la única condición para leer un libro-, pero es criminal, para él mismo y para el libro, que lo lea a la fuerza en sus horas de juego y con la angustia de las otras tareas.*

Es cierto, hay que promover el hábito de la lectura entre los jóvenes, evitando imponerlo como una obligación. Pero aunque es fácil pedir, sugerir o aconsejar a los jóvenes que lean, lo que no es tan fácil es que los jóvenes lo hagáis, porque la vida no deja tanto tiempo libre para ello: están, por un lado, el estudio, los exámenes, los trabajos y ejercicios de clase, y otras múltiples obligaciones; y,

por otro lado, en el tiempo de ocio, hay también actividades de todo tipo como salir con los amigos, usar las redes sociales o ir de fiesta.

¿Para qué leer?, podría cualquiera preguntarse. Si deseamos satisfacer nuestras necesidades de imaginación -que son necesidades inherentes a todo ser humano- ahí tenemos el cine, las series de televisión, los videos de Youtube..., que están a disposición de todos en cualquier momento, y en tal cantidad que podríamos decir que en la actualidad hay una oferta de obras audiovisuales de ficción superior a la que haya habido nunca.

A la enorme competencia que supone para los libros una oferta tan amplia, se añade la facilidad de asimilación que las narraciones audiovisuales nos ofrecen; en muchos casos, apenas sin esfuerzo se capta y se comprende todo lo que ocurre en la pantalla. Por el contrario, la lectura necesita mucho más tiempo, y una disposición especial de cuerpo y espíritu para dejar que las palabras escritas en un papel fluyan por nuestra mente. En conclusión, es cierto, la imaginación no necesita en la actualidad de la lectura, puede satisfacerse como hemos dicho de otros múltiples modos. Pero permitidme que diga que la lectura, que no niega ni excluye las demás formas de ficción, nos aporta unos beneficios que no podemos obtener de otra manera.

Y no es solo que sea beneficiosa, sino que creemos que es necesaria para completar la educación de los jóvenes. Sin duda, es posible saber mucho y tener una gran formación en variados aspectos de la vida sin leer libros; aunque -si lo pensamos bien- no sea este un caso tan corriente. En cualquier caso, creemos que puede afirmarse que la formación del que no lee no es una formación completa. Los libros nos exigen un esfuerzo, nos exigen un tiempo, es cierto; y, por eso, muchas veces los dejamos de lado. Pero, en contrapartida, de alguna manera, a medida que asimilamos lo que leemos, los libros despiertan nuestro espíritu crítico y nos ayudan a crear nuestra propia visión del mundo y de las

cosas, nuestra propia concepción de la realidad. En esta línea, dice Quevedo lo siguiente sobre los libros en uno de sus famosos sonetos:

*Si no siempre entendidos, siempre abiertos,  
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;  
y en músicos callados contrapuntos  
al sueño de la vida hablan despiertos.*

La lectura es una forma de evasión, nos abstrae de la realidad inmediata que nos rodea, permite que nos olvidemos de las preocupaciones y de los problemas diarios; pero, por paradójico que pueda parecer, es al mismo tiempo una forma de profundizar en el conocimiento de la realidad, puesto que durante la lectura intentamos comprender lo que leemos acudiendo a nuestra propia experiencia vital; en otros términos, cuando leemos comparamos y contrastamos continuamente lo que estamos leyendo con lo que sabemos porque lo hemos vivido. O, como dice André Maurois:

*La lectura de un buen libro es un diálogo incesante en que el libro habla  
y el alma contesta.*

Los libros son un mundo que se abre a la mirada de los lectores; mejor dicho, cada libro en sí mismo es un mundo. Empezar a leer un libro es como asistir a la creación de un universo, que en muchos aspectos podrá coincidir con el que nosotros conocemos y en el que vivimos, aunque no necesariamente. Por ello, no solo es la imaginación lo que estimula la lectura, sino también la curiosidad. Es un deseo de saber otras cosas, de entrar en la vida de otros, de ver cómo se puede vivir de otra manera.

Y lo más extraordinario es que ese universo es una creación **conjunta** del escritor y del lector, porque el escritor establece en su obra las líneas fundamentales de ese mundo: nos muestra cómo son los personajes; nos describe los objetos, el entorno en el que los personajes se mueven; nos cuenta lo que ellos hacen o lo que les sucede, pero al mismo tiempo el lector -sin ser consciente de ello- da cuerpo a lo que lee, completa con su imaginación la forma de ser de los personajes, su aspecto físico; visualiza mentalmente el lugar donde viven y actúan; en resumidas cuentas, los lectores infunden vida y emoción a la historia narrada, y se la infunden con su propia vida y con las emociones que sienten a medida que leen. Esa es la magia de la lectura.

Así pues, los libros son dispositivos quietos, inertes, depositados en estanterías, que necesitan al lector para vivir, porque los libros viven dentro de los lectores, en las imágenes, sensaciones y sentimientos que despiertan en ellos. En otros términos, los libros vampirizan a los lectores, viven a costa de su vida. Lo que nos lleva a una última idea, que nos parece interesante o cuando menos curiosa: cuando uno lee un libro se lee también a sí mismo, porque, como hemos dicho, la lectura se forma no solo de lo concebido y escrito por un autor, sino también de lo sentido y vivido al leer por el lector. Así que leyendo no sólo profundizamos en la realidad, sino que también profundizamos en el conocimiento de nosotros mismos.

Finalmente, me gustaría hacer una última reflexión. Durante esta exposición he procurado hacer una defensa de los libros y es posible que haya puesto demasiado énfasis en la idea de su utilidad. Por ello, no querría terminar sin hacer mención, aunque sea en muy pocas líneas, de algo esencial para cualquiera que sea aficionado a leer. Al margen de todo fin práctico, de cualquier utilidad, la lectura es una actividad placentera, una experiencia que proporciona durante la vida algunos de los momentos más felices que pueden vivirse. Lope de Vega,

en un famoso soneto en el que describe los efectos del amor, tras una larga enumeración, presenta como defensa de su pensamiento el siguiente argumento conclusivo e inapelable:

*Esto es amor, quien lo probó lo sabe.*

Pensamos que todos los que aman los libros podrían decir lo mismo del placer que se experimenta con la lectura:

*Quien lo probó lo sabe.*

Para acabar, de nuevo enhorabuena a todos los alumnos que finalizáis vuestros estudios de Bachillerato, os deseamos que seáis felices y que los libros puedan seros de ayuda en la búsqueda de vuestra felicidad.

Muchas gracias.